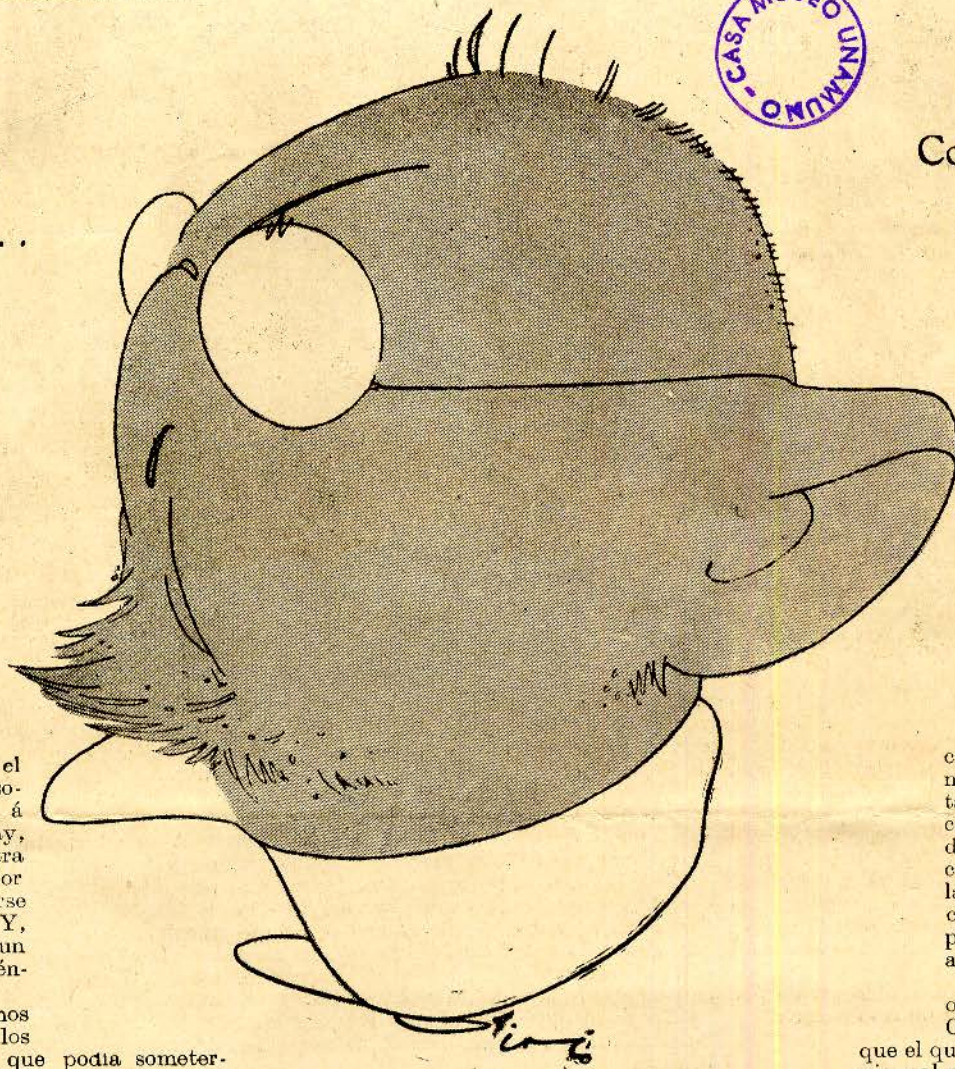


A SEIS PATAS...

Comentario
de Unamuno



D. Miguel de Unamuno, visto por Sirio

PARA experimentar el sentimiento de la soledad—y vuelta á nuestro tema!—no hay, por lo menos en nuestra España de hoy, lector amigo, como encontrarse entre mucha gente. Y, sobre todo, dirigirse á un numeroso público, teniéndole presente.

Muchas veces hemos pensado que uno de los mayores tormentos á que podía someterse á un hombre sensible—y lo son tan pocos!—, es el de encerrarle en un cuarto cuyas cuatro paredes estuviesen formadas por cuatro grandes espejos en que se viese múltiplemente reflejado en imágenes de varios grados de reflejamiento. Empezaría por sentir el peso de aquella muchedumbre, por desear verse solo, y acabaría por sentir la más tremenda de las soledades.

Robinson no era, en rigor, un solitario, pues que llevaba todo un mundo consigo, y con este su mundo interior pobló su isla desierta. Pero necesitó enseñar á un lorito á que le llamara por su nombre, á que le dijese: «Robín, Robín, Robín». Y entonces, cuando se oyó llamar desde fuera, aunque por boca de lorito, debió de sentirse menos solo. Y cuando luego encontró una vez en la playa la huella de un pie, de un solo pie de hombre, le invadió un terror sagrado, un terror casi divino. Y este pasaje es una de las cosas más hondas que contiene esa maravillosa historia, cuyo sentido no llegan á conocer los que la leyeron siendo niños, y por eso no vuelven á leerla. Que tal daño viene de poner en manos de niños obras cuyo misterio se fraguó en la madurez de una civilización.

Del mismo modo las más terribles soledades se fraguan en la niñez del hombre. Aquel tormento de que te hablaba, lector, del que viva encerrado entre cuatro espejos, llega á ser una cosa pavorosamente trágica cuando es á un niño al que se le sujeta á él, cuando se le educa así. Es algo como la historia de Segismundo. Y es algo para que enloquezca el que tenga substancia enloquecible.

Dicen que Diógenes el cínico solía andar con una linterna á la busca de un hombre; pero no es de linterna de lo que para ello se necesita. En mis correrías por el mundo de las almas; en mis conversaciones y confidencias con sujetos de todas clases y, sobre todo, con los llamados hombres públicos, no he solido tener la suerte de encontrar al hombre, y eso que lo buscaba con verdadera ansia. Y no era por falta de linterna, ¡no!

El hombre, si le había, se escondía, y no en obscuridad, no en tinieblas. A las veces se ponía á todo sol que, iluminándole lo exterior, lo envolvente, lo convencional, lo de relación, impedía distinguir lo que hubiese dentro, ocultaba la hombría.

Y hay personas que han tenido la terrible desgracia de no haber podido ver nunca á un hombre, y como no han podido ver á un hombre, no se han visto esas personas á sí mismas como á hombre.

Preguntándole en cierta ocasión á Guerra Junqueiro, el gran poeta universal, por las causas del suicidio de Moncinho de Alburquerque, me habló de esto á su manera parabolica. Me dijo que cuando Moncinho volvió del Africa, lleno de prestigio, el Rey Don Carlos, al que luego suicidó Buiça, le nombró ayo de sus hijos. Al Rey le sorprendió algo en Moncinho, y era, decía Guerra Junqueiro, su manera de tenerse en pie, como hombre. Porque Don Carlos nunca había visto al animal de que se hace el hombre sino arrastrándose,

como una serpiente, y los más dignos, á cuatro patas. Pero cuando se percató de que Moncinho andaba como él, de pie, le cobró un odio tal que fue la causa de la muerte de caudillo. Tal la versión parabólica de mi buen amigo Guerra Junqueiro.

A la que se me ocurre objetar que el Rey Don Carlos no andaba de pie

que el que no ha visto á otros de pie mal puede aprender á estarlo.

El hombre es, sin duda, un mamífero vertical, y ésta es su definición más exacta. En su verticalidad, en mantenerse erguido, es en lo que el hombre se distingue de los demás mamíferos. Y la definición aristotélica de que el hombre es un animal civil—ó, si se quiere, político—es consecuencia de la otra.

El hombre es civil porque anda erguido con las manos libres y mirando al cielo. Pero un niño que se criara solo, enteramente solo, ó lo que es peor, no viendo á los de su especie sino á cuatro patas, es muy difícil que llegase á andar de pie, erguido, con las manos libres y mirando al cielo; que llegase á ser hombre, verdadero hombre, mamífero vertical y luego animal civil.

Creo, por lo tanto, que la enemiga que surgió entre Don Carlos y Moncinho no fué por que aquél descubrió que éste andaba como é, sino todo lo contrario: que fué porque el desgraciado Rey de Portugal descubrió que é, Don Carlos, andaba como los otros piojos de la que solía llamar piojera, no á cuatro, sino á seis patas. Porque sabido es que Don Carlos decía de su reino que era una piojera: *isto é umha pioheira*.

He estado en la Villa que es Corte del Reino de España; he hablado con varios sujetos de mi especie, y me vuelvo á mi rincón, á mi isla robinsoniana, abrumado por el espectáculo íntimo de una cobardía que pone espanto. Me vuelvo con el miedo de, digo más allí, acabar por andar á seis patas como los piojos.